

SUBURIBANO

EXPRESS

Nº 01



Fabián Soberón · Naida Saavedra · Hernán Vera Álvarez · José Luis Muñoz

Crónicas · Ensayos · Entrevistas · Cine

Mirar de nuevo

Un tren sobre Miami, una identidad que se reconoce lejos de casa, un policía que encuentra libertad en la escritura. Y una película que devuelve a Orwell al presente. Cuatro maneras de mirar lo que parecía conocido.

Suburbano Express propone esa pausa: volver a textos que siguen diciendo algo, reunir voces distintas y dejar que conversen. Este primer número cruza publicaciones recientes con lecturas del archivo. La ciudad, la pertenencia y las apariencias cambian de forma a medida que pasamos de la crónica al ensayo, de la conversación al cine.

Cuatro lecturas

Una crónica, un ensayo, una entrevista y una mirada al cine.

01 CRÓNICA

Música en las alturas

Fabián Soberón

4

02 ENSAYO

To be or not to be una Latina Writer

Naida Saavedra

5

03 ENTREVISTA

Luis Zaensi: la literatura después de la policía

Hernán Vera Álvarez

7

04 CINE

La vigencia de Orwell

José Luis Muñoz

9

CRÓNICA

Música en las alturas

Fabián Soberón

2 de marzo de 2026



A Gastón Virkel, Hernán Vera y Pedro Medina León

En el downtown de Miami un tren corto circula a la altura de las nubes. Ronda entre edificios y palacios de cemento. Desde el tren se ven las moles que inundan de lujo, el parque en la bahía y los escarceos del mar que ingresa a la ciudad como una sombra turquesa.

Al subir en el primer tramo veo un hombre ubicado en la zona delantera del breve tren. Está sentado en una silla de ruedas y lleva en la mano una antigua radio negra. Cuando el tren asciende por una especie de loma aérea el ruido del motor aumenta y el anciano sube el volumen del aparato pequeño. La radio transmite una música pop que inunda el estrecho espacio del tren. Estridente, emite un desajuste ruidoso, propio de las radios analógicas. Por momentos el chirrido se impone y la música parece un fantasma sonoro.

A la distancia se ve la enorme copia del cuadro “La mujer de la perla”, de Vermeer, estampada en la fachada de un edificio alto. El paisaje se puebla de cristal, cemento y formas modernas. Atrás están la embajada cubana, con un edificio que desentona, y los bancos, el museo de la ciencia, el Brickell Center, el mar y los barcos blancos que apenas rozan la superficie marítima.

El hombre de la radio es grueso y su piel es oscura como la noche de Miami. Con el ritmo de la música menea su cuerpo en la silla de ruedas, como si quisiera salir a caminar por la ciudad. No sé qué le impide transitar con sus piernas y no me animo a hablar con él. Me da un poco de pena pensar que la tecnología no puede ayudarlo. El tren lo lleva a las nubes y la música le ayuda a olvidar que no puede moverse. De alguna forma el tren, ese artefacto de cristal y plástico moderno, es un lenitivo extraño para quienes viven con limitaciones físicas.

En un instante la música me contagia el ritmo y yo también meneo mi cuerpo. El hombre aparta la radio —lleva el aparato pegado a los ojos— y me mira. Una mínima sonrisa le cambia la cara. Sospecho que le agrada que me mimetice con su música. Noto que él también sigue moviéndose y la radio es el puente involuntario entre los pasajeros azarosos.

Antes de bajarme lo saludo. El anciano no responde. No sé si ha escuchado mi voz. Desde el andén aéreo sigo su silueta hasta donde me da la perspectiva cuando el tren se va.

La música pop suena en el aire hasta que desaparece.

ENSAYO

To be or not to be una Latina Writer

Naida Saavedra

17 de noviembre de 2016



Con la llegada de la Navidad siempre me pongo nostálgica. Es la época del año en la que siempre me había pegado no estar en Maracaibo, Venezuela. El aniversario de la Virgen de Chiquinquirá trae desde el mes de noviembre fiesta, celebración, comida, música, ambiente. ¿Ya entonces para qué hay que descansar? De inmediato llega diciembre y se puede seguir con la algarabía hasta el año nuevo.

Tengo quince años que no voy a la feria de la Chiquinquirá. Hace quince años que vivo en Estados Unidos y el mes de noviembre se hace complicado viajar cuando aún no ha culminado el calendario de las clases en la universidad. Eso sí, en mi casa se pone el árbol de Navidad desde principios de noviembre, se escucha gaita y aguinaldo, se planea lo que se va a hacer en diciembre. Y me pregunta la gente aquí que por qué pongo los adornos antes de Acción de Gracias, y me dice que soy una exagerada. Pero no, es que para mí esta es la época más linda (pongámonos cursis) y hay que sacarle el jugo. No obstante, ya no extraño la ciudad, ya no echo de menos los olores, ahora lo que extraño es a mi familia esparcida por muchos países. Echo de menos llamar y estar en el teléfono una hora hablando con todos los tíos y primos: “ahora te paso a...” era la frase que más me gustaba. Estaban todos juntos.

A mí me costó definirme como inmigrante.

Siempre me catalogaba como un ser de paso en este país y no fue hasta que parí a mi primera hija que me di cuenta que también pertenecía aquí. Ahora el carácter de inmigrante en Estados Unidos es parte de mi identidad. Creo que este año 2016 ha sido decisivo para mí. Tengo quince años viviendo aquí, soy una quinceañera. Ya me puedo poner tacones, ya me puedo pintar los labios de rojo oscuro. Ya puedo tener novio. Ya pienso y analizo, y

quiero y me duele este país. Entonces ya en la Navidad no quiero estar en otro lugar, quiero estar donde mi familia esté. Lo que me pega ahora es el hecho de que mis hijas no crecerán como yo yendo a casa de la abuela el 24 y el 31 de diciembre para jugar, comer, recibir regalos y reír en compañía de todos los primos y tíos; porque esos primos y tíos están regados por todo el mundo; porque las circunstancias de la historia contemporánea los han obligado a partir a otros sitios.

Creo que al cumplir quince años y volverme una adolescente en términos migratorios, me he encontrado con esa parte de mi identidad a la que me estaba negando. Había evitado identificarme con el desarraigo que sentía y en consecuencia no había intentado plantarme en esta tierra. Como artista quería definirme como una escritora venezolana y quizás por eso no me había afectado el no pertenecer al círculo literario que se maneja en Estados Unidos. No he escrito en inglés, y hasta antes de mi último libro, había escrito historias ambientadas en mi ciudad natal, Maracaibo. En *Vestier y otras miserias* (2015) como le dije a Vera en una entrevista que me hizo en marzo para el Miami Herald, “ya empiezo a abrir un poco el abanico y me enfoco en la urbe, en el caos de cualquier ciudad grande, por lo que hay diferentes tipos de dialectos, ya no solo el maracuco”. Además no he proyectado en mis textos las características de lo que generalmente se considera Latin@ Literature. Esto me viene rondando en la cabeza desde principio de año; inclusive puse una pregunta en mi pared de Facebook: ¿soy una Latina Writer? Tal vez pedía ayuda para definirme como artista, quizás necesitaba un empujón. La verdad me encontraba en una suerte de crisis de identidad literaria y como todo humano buscaba pertenecer a algún lugar. Siento que ahora con la tendencia de las editoriales a publicar textos escritos en español dentro de Estados Unidos (en la que Suburbano juega un

To be or not to be una Latina Writer

papel crucial), con el auge de la sección iberoamericana de la *Miami Book Fair Internacional*, a la cual fui invitada el año pasado, y con la cercanía a la audiencia que brinda el uso de las redes sociales, escribir en español en este país es mi casa. Después de quince años ya empiezo a

incluir en mis textos de ficción figuras que se encuentran con otras culturas, que se transforman al comenzar a plantarse en otro lugar. Soy una Latina Writer.

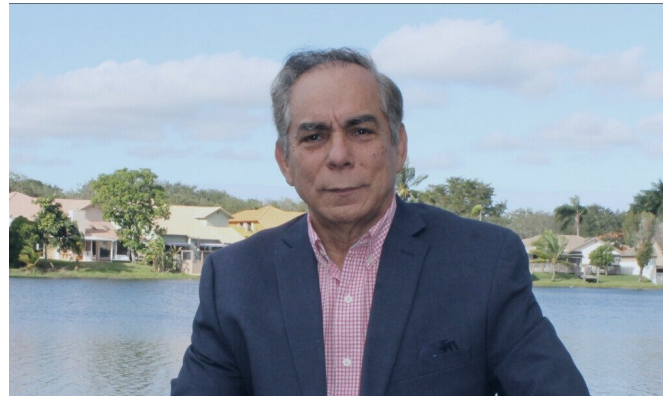
Que el 2017 nos traiga más historias que contar.

ENTREVISTA

Luis Zaensi: la literatura después de la policía

Hernán Vera Álvarez

2 de octubre de 2026



Durante treinta años, las historias le llegaban a Luis Zaensi (Cuba, 1957) a través de llamadas de emergencia, arrestos y escenas que debían reconstruirse con precisión. Después se retiró de la policía y pensó que aquella parte de su vida había terminado. Entonces llegó la pandemia: el fin de los tiempos, la hora en que el mundo se detuvo. Las calles se vaciaron, los planes desaparecieron y los días comenzaron a parecerse unos a otros. Fue en el encierro, sin embargo, donde Zaensi encontró una nueva forma de libertad: escribir aquellas historias que habían marcado su existencia.

Como Rubem Fonseca, otro autor que pasó por la policía, Zaensi puebla sus novelas y cuentos de delincuentes, mafias, investigaciones y personajes que se mueven en esa zona incierta donde la realidad suele resultar más extraña que la ficción. Pero a él no le interesan los héroes de Hollywood ni la violencia pornográfica. Prefiere el suspenso y la intriga. La sutileza del crimen.

Pasaste treinta años como oficial de policía antes de convertirte en escritor a tiempo casi completo. ¿En qué momento sentiste que las historias que habías acumulado en ese oficio necesitaban salir en forma de ficción?

—En realidad, fueron treinta años, pero no en el mismo departamento. Nunca pensé terminar escribiendo; todo comenzó con la pandemia. Estaba retirado y no podía salir de vacaciones; incluso estábamos confinados en nuestras casas.

Escribir me devolvió la libertad y un motivo para levantarme cada día sin aburrirme.

En todos mis libros encuentras algo policíaco; no lo puedo evitar, eso forma parte de mí.

En tu trabajo como policía imagino que la escritura formal de actas y declaraciones tenía que ser

precisa, despojada de adjetivos. ¿Te costó “desaprender” esa prosa funcional para poder escribir ficción, o al contrario, esa disciplina de la precisión terminó siendo una ventaja a la hora de narrar?

—Un reporte policial se basa en evidencias; incluso las evidencias circunstanciales no se pueden incluir en un reporte. Esta formalidad ayuda a mantener la ficción lo más cerca posible de la realidad. Yo escribo ficción, pero mis relatos bien podrían convertirse en realidad, pues están lejos de la fantasía.

¿En qué se basa tu primer libro El Santo de la Colina?

—El Santo de la Colina es una historia basada en la resistencia partisana durante la ocupación alemana de Italia en la Segunda Guerra Mundial. En un país destruido, con una economía casi inexistente, los jóvenes no tienen futuro. De ahí que un joven brillante, que siempre ha luchado por hacer lo correcto, comience a delinquir como modo de supervivencia. Llega a acumular una gran fortuna, pero su lucha interna entre el bien y el mal no lo deja tener paz.

Escribís tanto en español como en inglés. ¿Con qué idioma te sentís más cómodo?

—El inglés me es más cómodo, pero debo admitir que no soy bueno en la ortografía en ningún idioma.

En Theft of the Century y Welcome to America aparecen mundos de crimen organizado, mafia y delitos. ¿Cuánto de lo que escribís en esa zona viene directamente de situaciones que viviste como policía?

—No he tenido experiencias que pudiera comparar con las historias de ambos libros, pero sí muchos de los procedimientos policiales y las leyes que aparecen en ellas formaron parte de mi trabajo.

Luis Zaensi: la literatura después de la policía

El pequeño Ricky se mueve en un registro muy distinto: el drama familiar, el choque cultural dentro de una misma pareja. ¿Sentís que ese libro es una rareza dentro de tu obra, o hay ahí la misma mirada sobre "el bien y el mal" que aplicás en tus historias de crimen, solo que puertas adentro de una familia?

—Tiene un origen diferente, pero también un gran componente policíaco. Me es difícil separarme de ese tema; a la vez, un crimen y su investigación tienden a despertar y mantener el interés del lector.

Publicaste Cuentos y Poemas combinando narrativa breve y poesía en un mismo volumen. ¿Cómo decidís, frente a una misma idea o imagen, si va a convertirse en cuento o en poema?

—Cuentos y Poemas tiene un origen interesante. Siempre había escrito en inglés y quería relacionarme con escritores de habla hispana. Fue así como conocí a Alicia Monsalve en un evento en Miami. Ella me introdujo a un taller literario. Desde entonces he asistido a ese taller de escritura. Fue ahí donde aprendí sobre los cuentos cortos. Eso fue algo nuevo y fascinante para mí. Mi esposa guarda los poemas que he escrito durante años y decidimos publicar un libro de cuentos y poemas. Actualmente tengo veintisiete cuentos que quiero publicar en inglés.

¿Hay algún cold case, un caso sin resolver, en el que a menudo piensas?

—No, nunca quise ser detective; amo mi libertad. Un detective tiene que responder a cualquier hora: eso no es vida. Ellos se especializan en algo, digamos, crimen económico, robo u homicidio, y con el tiempo se olvidan de todo lo demás. El oficial que responde a las llamadas ve todo y sabe de todo. Hollywood vende a los agentes del FBI como superpolicías; son muy buenos en su campo, pero carecen de la maldad de la calle. Por eso mataron a

tres de ellos en Miami cuando intentaron detener a unos ladrones de banco. Pero sí hay llamadas que se quedan en tu mente y no puedes borrar.

¿Alguna vez forjaste amistad con alguien que tuviste que encarcelar?

—Siempre tuve claro que el uniforme no te hace invencible y que los criminales también son seres humanos que merecen respeto. Recuerdo a uno que, la primera vez que lo arresté por conducir ebrio, quería matarme. Cuando lo arresté de nuevo por el mismo motivo, no me dirigió una sola palabra. Dos meses después lo vi venir hacia mí y me preparé para lo peor, pero venía a darme las gracias por haberle salvado su matrimonio. Llevaba años bebiendo alcohol los fines de semana y pensaba que no volverían a arrestarlo. Cuando ocurrió por segunda vez, su esposa lo dejó y comprendió lo que estaba en juego. Hoy dice que nunca más ha vuelto a tomar y que está más feliz que antes.

Por sus años en la policía debe ser difícil que alguna película del género te convenza. Muchas deben parecerte fantasías o caricaturas de los personajes. ¿Es así o me equivoco?

—Es así con la gran mayoría, pero hay otras muy bien hechas. Por ejemplo, las series españolas La casa de papel y Los Soprano. Yo pierdo el interés cuando, durante una balacera, el héroe sale caminando con una pistola y dispara contra quienes tienen ametralladoras. El peor descaro es que hace blanco a unos cincuenta metros de distancia. Eso es una falta de respeto.

¿Qué le dirías a un lector que todavía no conoce tus historias?

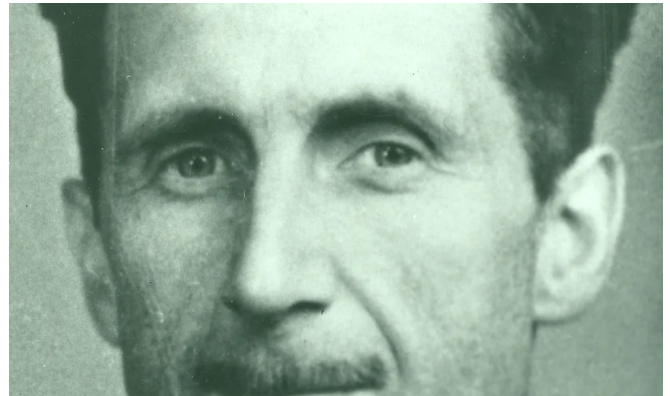
—Le diría que en mis historias el suspenso y la intriga anteceden a la acción, que mi ficción va a la par de la realidad y que en algunas historias se mezclan la ficción con datos históricos. En ellas se puede aprender y disfrutar al mismo tiempo.

CINE

La vigencia de Orwell

José Luis Muñoz

15 de marzo de 2026



La actualidad de George Orwell es sencillamente inquietante.

Lo peor de las distopías es que acaban cumpliéndose.

El profético novelista y periodista inglés, nacido como Eric Arthur Blair, alumbró una serie de obras visionarias de contenido político y social como *Rebelión en la granja* o *1984* cuyas coincidencias con el presente alarman. El realizador haitiano Raoul Peck (Puerto Príncipe, 1958), especializado en documentales comprometidos (*El joven Karl Marx*, *Exterminad a todos los salvajes*, *Siempre en abril* y *Lumumba*, buena parte de ellos disponibles en la plataforma Filmin) nos ofrece en *Orwell: 2+2=5* un lúcido retrato del escritor británico desde su infancia en la India, en donde nació en el seno de una familia de clase media, su estancia en Birmania como policía colonial, que le hizo aborrecer su papel represivo y lo concienció socialmente, y su presencia en la guerra civil española en las filas del POUM que dio origen a su *Homenaje a Cataluña*.

Raoul Peck, que insiste una y otra vez en que el poder puede convencer, mediante coacción, que $2+2=5$, uno de los axiomas del Gran Hermano, y una vez llegado a ese punto de no retorno adueñarse de la voluntad de los pueblos sojuzgados, utiliza retazos de películas, de las dos versiones que se hicieron de su *1984*, la de Michael Anderson de 1956 y la más reciente de Michael Radford, secuencias de la película en dibujos animados de *Rebelión en la granja*, de *Tierra y libertad*, de Ken Loach, imágenes de un biopic con George Orwell retirado a la isla de Jura para escribir la que va a ser su última novela, y hace un repaso crítico a todos los totalitarismos, desde el nazismo (los discursos hipnóticos de Goebbels y Hitler) al polpotismo, terminando en la guerra de Ucrania y en la masacre de Gaza.

Orwell, con una obra literaria comprometida con la sociedad y no solo crítica con el fascismo sino con todo el totalitarismo por su cercanía al trotskismo (ahí está Stalin y sus purgados que, a medida que son fusilados, desaparecen de las fotografías oficiales del líder) hablaba del crimen del pensamiento (cuando el sistema sea capaz de espiar el cerebro humano, algo ya próximo), las neolenguas y la presencia vigilante del Gran Hermano que regirá la sociedad del futuro con ese ojo que todo lo ve y ese oído que todo lo escucha, omnipresente, y que ya lo estamos experimentado en la domótica con nuestros asistentes de hogar.

Conceptos aberrantes como guerra preventiva, la que se hizo contra Irak por si tenía esas armas de destrucción masiva que finalmente no encontraron; la guerra es la paz, argumento que esgrimen todos los dirigentes políticos cuando emprenden una aventura bélica; la libertad es la esclavitud, que entronca con esos nuevos movimientos de extrema derecha que reivindican la libertad para suprimirla en cuanto alcanzan cotas de poder; y la ignorancia es la fuerza, algo que han adoptado los fascismos tecnológicos que dominan las redes sociales, ya los anticipó el escritor inglés en su obra premonitoria.

No se salta Raoul Peck en su documental la vertiente íntima y familiar del personaje retratado, el complejo de culpa colonial (ahí el director se sirve de alguna secuencia de *Memorias de África*) que arrastró durante su juventud en India y Birmania, la relación con su mujer que murió joven, y con su hijo al que tuvo que educar en solitario, y finalmente su muerte temprana por tuberculosis a los 47 años. Dos horas de metraje que pasan volando por el interés sociológico que conlleva el documental y por su habilidoso montaje. El estreno de esta película, tan magnífica y rigurosa como inquietante, llega en plena distopía de la era Trump, con lo que resulta de rabiosa actualidad. No se lo pierdan, aunque resulte aterradora.

Colaboradores

Fabián Soberón

Escritor, profesor universitario y crítico argentino, nacido en Tucumán en 1973. Autor de La conferencia de Einstein, Vidas breves, El instante y Ciudades escritas. Ha publicado ensayos sobre literatura, arte, música, filosofía y cine en revistas nacionales e internacionales.

Naida Saavedra

Escritora e investigadora venezolana. Autora de Vos no viste que no lloré por vos, Hábitat, Última inocencia, En esta tierra maldita y Vestier y otras miserias. Doctora en Literatura Latinoamericana por Florida State University. Sus investigaciones abordan la literatura caribeña, el desarraigo y la escritura latina en Estados Unidos.

Hernán Vera Álvarez

Escritor, dibujante y editor argentino, nacido en Buenos Aires en 1977. También firma como Vera. Autor de La librería del mal salvaje, Los hermosos, Grand Nocturno y Los románticos eléctricos. Imparte talleres de escritura creativa y ha editado diversas antologías.

José Luis Muñoz

Escritor, crítico de cine y literatura y articulista español, nacido en Salamanca en 1951. Autor de novelas como Barcelona negra, La frontera sur y Tu corazón, Idoia. Ha recibido los premios Azorín, Café Gijón, La Sonrisa Vertical y Tigre Juan, entre otros.

Fuentes y créditos

Suburbano Express · Nº 01

Una selección de Suburbano.net. Octubre de 2026.

Textos

Fabián Soberón, Naida Saavedra, Hernán Vera Álvarez y José Luis Muñoz. Cada pieza conserva su firma y fecha de publicación, e incluye un enlace al texto original.

Entrevista

Luis Zaensi es el entrevistado. Hernán Vera Álvarez firma la conversación y figura entre los colaboradores de este número.

Fotografías de portada

Retratos procedentes de las fichas de autor y del archivo de Suburbano.net, presentados en el orden de aparición de los textos. Imagen de Naida Saavedra: archivo de la revista, septiembre de 2021.

Imágenes interiores

Archivo de Suburbano.net. El retrato de Naida Saavedra acompaña su ensayo. Las restantes imágenes proceden de las publicaciones originales.

Lectura

Índice, textos íntegros y enlaces a la revista.

Seguir leyendo

suburbano.net